

Investigación A dos años del fallo histórico en el que la Corte Suprema decretó el saneamiento del Riachuelo, poco se ha avanzado en el control de la contaminación. Aquí, una producción fotográfica en la que los vecinos juegan a disfrutar del río (como si pudieran).

Y sigue haciendo agua

Texto: Marina Aizen (maizen@clarin.com) Fotos: Hernán Rojas

Cuando se navega por el Riachuelo, hay que saber que es muy probable que uno se tope con algún cadáver: el de un caballo o un chanco, el de un perro, acaso el de un ser humano. Es horrible decirlo, pero pareciera natural que allí se encuentren tantos despojos: este curso de agua, que afecta la vida y la salud de siete millones de personas, es un espacio socialmente aceptado para que arrojemos todas nuestras miserias. Las industrias tiran sus desechos cargados de metales pesados; las cloacas, caca; la gente, basura. Esto sucede desde la fundación de Buenos Aires. ¿Será un destino ineludible?

El estado del río es el resultado de una perversa construcción colectiva que deviene de la forma en que están estructuradas las relaciones económicas, sociales y políticas de quienes viven y trabajan en sus bordes. Hace dos años, la Corte Suprema dictaminó que hay que desactivar este esquema cruel: ordenó la recomposición de la cuenca Matanza-Riachuelo, dispuso que hay que mejorar la calidad de vida de sus habitantes y prevenir daños. Qué ha cambiado desde entonces es una pregunta de compleja respuesta, justamente porque su limpieza no sólo implica adquirir nuevas conductas ambientales responsables, sino también romper una intrincada telaraña de poderes y costumbres que permitió que sucediera esto.

El Riachuelo corre despacito, como pidiendo permiso, porque esta llanura que habitamos es, como sabemos, más chata que la desidia. Esto hace que los contaminantes (más de 60) que tiran los caños y pluviales de sus márgenes persistan en sus aguas bajas, que constantemente burbujan. No se ilusione: no son peces. Es el metano que se produce por la saturación de descargas orgánicas. Pero no es necesario estar en su ribera para participar activamente de su proceso de contaminación: también lo podemos hacer a través de lo que consumimos y cómo descartamos lo que consumimos. Mire, sino, sus zapatos o la cartera de la dama. ¿Sabe si su cuero habrá sido curtido con cromo, uno de los contaminantes encontrados más persistentemente en la cuenca? ¿Tiene idea de si los residuos que tiró en cualquier calle de la ciudad, pensando en que desaparecerían del mapa, fueron arrojados en uno de los 200 basurales clandestinos, donde muere todo lo que no va al Ceamse? Quizá tampoco se puso a pensar si el frigorífico que faenó el bife que está por comerse arrojó sus desperdicios al agua —porque tal vez siempre lo ha hecho así, porque es más barato—.

Uno de los desafíos más grandes para sanear la cuenca del Matanza-Riachuelo, un complejo hídrico con 232 arroyos que atraviesa la zona más densamente poblada de la Argentina, es precisamente verificar el proceso de producción de cada una de estas industrias, la mayoría de las cuales es una pyme. La ACUMAR, el organismo integrado por la Nación, la Ciudad y la Provincia que está conminado por la Corte a realizar las obras y acciones para restablecer el ambiente, ni siquiera ha podido determinar el número de establecimientos fabriles que existen, a pesar de que el fallo del tribunal la emplazó hace ya dos años a que se empadronaran y reconvirtieran en 30 días. Primero se hablaba de cuatro mil, pero ahora se reconoce que hay doce mil y hasta veinte mil industrias. La falta de datos no sólo obstaculiza el diagnóstico de la enfermedad, sino también su remedio y la elaboración de políticas efectivas, dicen las ONGs ambientalistas.

Luis Armella es el llamado “juez de ejecución” de la causa Mendoza, como se conoce en términos técnicos la sentencia del Riachuelo. Cuando la Corte realizó el fallo, designó a su juzgado federal, situado junto a un descampado en Quilmes, como el encargado de hacer cumplir la condena, que recayó en el Estado nacional, la Ciudad y la Provincia. El magistrado no es de lo más mediático que hay pero aun así acepta recibimos en su despojado despacho. Entre sorbos de mate con azúcar, afirma entonces que “la curva puede empezar a ir para el otro lado”, porque finalmente la ACUMAR, un organismo enclenque, que pasó por cuatro gestiones distintas, está –a su entender– tomando fortaleza institucional.

La otra razón que alienta sus esperanzas es que las grandes obras, como el colector cloacal del margen izquierdo, la planta depuradora de Dock Sud y el emisario al Río de la Plata (para lo cual se pidió un crédito al Banco Mundial por 840 millones de dólares) ya están en el trámite de pre-licitación. Pero en cuanto a las inspecciones de las industrias, el magistrado reconoce que es “donde peor venimos”. “¡Para las empresas privadas esto es una fiesta!”, dice. Quienes lo escuchan están en una audiencia pública en el juzgado. Y allí está sentado el ingeniero Gustavo Villa Uría, presidente ejecutivo de ACUMAR. Armella no pierde el tono de voz cuando habla, pero lo que afirma podría ponernos los pelos de punta. Entonces sostiene que la ACUMAR le ha regalado camionetas a las intendencias y que un agente del organismo lo fue a patotear a él cuando fue a hacer una inspección en un predio de la Asociación de Curtidores de Buenos Aires (ACUBA), en Lanús. “Si la camioneta de la ACUMAR va a manguear carne para el asado, no sirve”, afirma. Y sigue con la filípica: que no quiere que los inspectores reciban presiones de los intendentes, que los controladores deben ser un cuerpo de elite uniformado, aguerrido. “Las empresas ni saben qué es la ACUMAR”, se queja. Los lamentos de Armella se constatan en las cifras: hasta ahora, sólo 79 empresas del universo de las que existen en la cuenca han sido declaradas “agentes contaminantes”. De ellas, sólo una presentó un plan de reconversión industrial. Hubo sólo tres clausuras. Por algo, la propia Corte parece exasperada con la ACUMAR, y le pide frecuentemente más precisiones sobre

sus informes, que muchas veces llegan con datos contradictorios o poco claros. Pero hay todavía un detalle no menor en la política del organismo de la cuenca: como no fijó una restricción expresa a la presencia de metales pesados en el agua, las empresas optan por diluir con más cantidad de fluido los contaminantes que arrojan. De esa forma, toda la tarea de recomposición del ambiente quedaría reducida a sacarle el olor al Riachuelo. ¿Era eso lo que quería la ciudadanía?

Excursión al espanto

Aun con lo desagradable que resulta ver a esos cuerpos muertos, vueltos de color gris en el agua, vale la pena recorrer el Riachuelo para dimensionar su espanto y comprobar qué se hizo desde el fallo y qué no. Una a favor: se han removido la mitad de los barcos que habían ido a parar a la vera de los astilleros. Otra: Aysa, en conjunto con cooperativas de trabajo, levantó 70 toneladas de basura en los márgenes de Villa Jardín, Villa Diamante, Villa Fiorito y Villa Caraza, entre otros distritos. Desde un gomón de Greenpeace, vemos también a un puñado de trabajadores con barbijo sobre el basural clandestino que está junto a las vías del ferrocarril Belgrano Sur, al lado de la villa 21-24, uno de los sitios más siniestros y peligrosos de la cuenca. En la margen de enfrente, yace lo que fuera un monumento de la industria nacional que evoca nostalgia: la fábrica de SIAM. De ella sólo queda el legado de contaminación ambiental que no supimos interpelar.

Félix Cariboni, el activista guía de Greenpeace, nos cuenta que hay tres formas de contaminar el río: a través de caños clandestinos (que parecen inocentes tubos de plástico que apenas lanzan un líquido transparente pero venenoso), tirando desechos a sus afluentes o a los pluviales. En eso nos detenemos justo frente a un enorme pluvial que tiene una pintada que dice "El Kadri". En realidad, éste es el pluvial Millán y está ubicado en el corazón de la república de las curtiembres: Valentín Alsina. Una espuma blanca flota en el agua, junto a capas de sustancias de tonalidad brillante. Cariboni dice: "Si nos metiéramos allí, veríamos un montón de industrias. Si un pluvial funciona en tiempo seco es porque hay alguna irregularidad". Este es uno de los puntos más contaminados del Riachuelo, con una alta concentración de cromo. ¿Se acuerda de sus zapatos o de la cartera de la dama? "Que el Riachuelo está contaminado no es ninguna novedad", señala Cariboni con sentido común. "Lo que la ACUMAR no ha hecho es asociar las industrias a estos contaminantes."

Ahora nos detenemos frente a la villa 26, que no es otra cosa que un paupérrimo asentamiento ubicado entre un paredón industrial y el Riachuelo, en una playita de tierra. De un caño de plástico que surge de una casa vemos salir un chorro de agua en forma de catarata. Primero es marrón; luego transparente. Alguien tiró la cadena. Sigamos. Llegamos al arroyo Cildáñez, el único que no está entubado en la ciudad. Las mediciones arrojan una concentración alta de cadmio, porque hay galvanoplastias que lo usan para arrojar sus descargas como si usted tirara el aceite de las milanesas por la pileta de la cocina. Y también se ve un montón de caca.

¿Sin un plan?

La ACUMAR debería ser un súper ministerio, capaz de imponer su agenda por sobre la de los jefes territoriales, pues el trazado del río no corresponde a una jurisdicción única sino a 14. Sin embargo, la institución parece estar lejos de ser un temible tiburón. En febrero presentó el llamado Plan de Saneamiento Ambiental (PISA), que fue muy criticado por el Cuerpo Colegiado, un organismo compuesto por cuatro ONGs ambientalistas y el Defensor del Pueblo que, según el mandato de la Corte, debe realizar el “control ciudadano” de la marcha del fallo.

Entre muchas cosas, el Cuerpo Colegiado le objeta al PISA la ausencia de un programa de ordenamiento territorial: no decide cómo se usará en su conjunto la superficie de la cuenca, dónde se instalará la gente, dónde las industrias, algo clave para que este esfuerzo de limpieza no sea una pantomima. “El concepto de que cada municipio ordena el territorio de acuerdo a su conveniencia es el resultado que llevó a lo que hoy es la cuenca”, afirma Andrés Nápoli, abogado de la Fundación Recursos Naturales (FARN) y veterano de todas las batallas legales del Riachuelo.

Lo que dice Nápoli lo verificamos luego en Tristán Suárez, partido de Ezeiza, donde sin que la ACUMAR se dé por aludida se está construyendo un “pequeño Dock Sud” con industrias que se fueron del polo petroquímico y que ahora se quieren instalar en el medio de una zona urbana, rodeada de cuatro escuelas. Las primeras en reaccionar en este barrio de calles de tierra fueron las mujeres. Mirta Mazza, Evangelina Silva y María Luisa Andía se paran todos los sábados frente a la ruta 205 para alertar a los vecinos sobre lo que se viene, poniéndose máscaras de gas. El predio que ocupará el nuevo establecimiento supo ser una estancia, que era el pulmón verde del barrio. Ahora liberará emanaciones tóxicas de sustancias como la soda cáustica. El emprendimiento, llamado Logística Don Pedro, está respaldado con la fuerza de la intendencia: las vecinas denuncian que el jefe comunal, Alejandro Granados, les mandó patoteros de la barra-brava de Tristán Suarez para intimidarlas. “La camioneta de ACUMAR que tendría que vigilar el medio ambiente hace fletes para la municipalidad, las compras del supermercado para ellos. Si cumpliera con sus funciones, habría impedido la tala de árboles”, indica María Luisa, con bronca.

La conexión entre la política y la contaminación del Riachuelo es muy profunda, lo que queda evidenciado en el hecho de que se lo dejó ensuciar sin que ninguna autoridad lo impidiera. Su limpieza también está atravesada por contradicciones con los poderes enquistados. Un caso emblemático es el terreno de ACUBA, el mismo lugar en donde lo patotearon al juez. El predio fue donado por la gobernación provincial en 1983 a las curtiembres para construir una planta para tratar efluentes con cromo. Algunas instalaciones alcanzaron a erigirse, pero nunca se usaron. Sólo quedaron algunos letreros que podrían ser leídos con ironía: “La industria es vida”. Cuando el proyecto se abandonó, el sitio se convirtió en botín de los punteros de Lanús, y allí comenzó

a crecer un asentamiento paupérrimo y peligroso: por algo es un cementerio de autos quemados. Hizo falta la intervención de la Gendarmería para comenzar a construir un muro perimetral que impidiera el avance de las casillas de chapa oxidada. Agentes con cascos verdes, chalecos antibalas y armas largas supervisan día y noche el levantamiento de la pared de ladrillos coronada por alambre de púa. A lo largo de la tapia se observan tanques de agua potable, que han sido recién colocados. Los habitantes de la villa se proveen de ellos a través de canillas que están del otro lado. “Parece la Franja de Gaza”, bromea un agente judicial que lo inspecciona. Y sí.

El tema de la pobreza cruza trágicamente la trama del Riachuelo, pues sobre sus riberas viven cientos de miles de personas en estado desesperante de miseria. Pero aunque ellas son las primeras víctimas de los efectos de la contaminación, los pobres quedan a veces en el fuego cruzado que está entre las tareas de limpieza y la suciedad. Por ejemplo, para construir caminos ribereños parquizados, como ordenó el juez Armella, se deberá remover una parte de La Salada, la villa 26 y un pedazo de la 21-24. Pero como la gente no tiene un lugar alternativo para ir a vivir, resiste. El juez Roberto Gallardo les acaba de conceder a los moradores de la 26 un recurso de amparo que evitó su desplazamiento. Con ello, desconoció también el fallo de la Suprema Corte, que sólo le da a Armella poder para actuar. El Riachuelo hace agua por todos lados.

En los tramos en donde se pudo avanzar, los caminos ribereños (o de sirga) tienen un aspecto muy distinto al de hace dos años: casi no hay basura, se plantaron miles de arbolitos nuevos y hasta se están haciendo románticas pérgolas para ir a tomar mate y mirar el río.

Todo cambia cuando uno se adentra por los arroyos que corren por los costados, por ejemplo en Lomas de Zamora, que siguen siendo lugares de mugre desesperante. Montañas de residuos emergen entre las aguas podridas y verdes, donde —obvio— no faltan los animales muertos. En sus márgenes, la construcción de casas paupérrimas avanza sin parar. Todas sin cloacas. Todas sin dignidad. Son el retrato de una Argentina cruel, sobre la que nada se dice. Y que no queremos ver.

TEXTO 2

Si bien en las crónicas del siglo XIX ya denunciaban al Riachuelo como cuna de la podredumbre, alguna vez fue un buen plan para disfrutar al aire libre.

En el Riachuelo se produjo la primera crisis ambiental de este territorio, aun antes de que éste tuviera como nombre propio Argentina. Pero esto no se debió a una maldición o una treta del destino, sino a una combinación fatídica de razones geográficas y de prácticas humanas. Como el curso de agua corre muy lento porque está en una llanura sin pendientes, no tuvo capacidad de absorber el exceso de cargas orgánicas que empezaron tirando los primeros saladeros, mataderos y

curtiembres que funcionaban en sus riberas desde la colonia. Y así, se fue cargando cada vez de más contaminación y de muerte hasta el día de hoy.

Tal vez haya sido producto de la improvisación urbanística el hecho de que el Riachuelo se fuera convirtiendo en una cloaca natural a cielo abierto, que todo el mundo ignoró, como si quedara en el patio de atrás o en un rincón de la casa que nadie visita ni quiere ver. Después de todo, en los primeros tiempos de Buenos Aires, éste era un lodazal, especialmente cuando llovía, al que era difícil llegar desde el Centro, o sea, desde Plaza de Mayo. Nuestro río corría lejos de la vida de casi todos. Para la construcción de la ciudad, se deforestaron sus márgenes. Lo peor empezó a suceder cuando desaparecieron las poblaciones de peces, debido a las bacterias anaeróbicas, que proliferaron por las aguas cargadas de desechos animales.

Pero a medida que la ciudad fue creciendo, el río dejó de ser el último rincón de la Tierra, y sus emanaciones empezaron a formar parte de las crónicas de la vida cotidiana, como no podía ser de otra manera. Esta foto fue tomada en 1877. Los que se aventuran a las aguas del Riachuelo son miembros del Buenos Aires Rowing Club (Club de remeros de Buenos Aires), que había sido fundado por argentinos e ingleses unos años antes. Lo de ellos debe haber sido pura pasión deportiva, porque hay relatos de la época que hablan del Riachuelo como un lugar sencillamente asqueroso. Guillermo Enrique Hudson, en 1870, escribía que estas aguas “tenían en suspensión gran cantidad de materias orgánicas animales que se iban depositando poco a poco en su fondo hasta formar bancos de varios metros de espesor”. Sólo cabe imaginar lo nauseabundo de ese paisaje. Otra crónica, del diario La Nación de 1871 decía: “El lecho del Riachuelo es una inmensa capa de materiales en putrefacción (...). Un foco tal de infección puede ser causa de todos los flagelos, el cólera y la fiebre. ¿Hasta cuándo inspiraremos el aliento y beberemos la podredumbre de ese gran cadáver tendido a las espaldas de nuestra ciudad”.

Muchos fueron los lamentos de entonces; ninguno los resultados. El siglo XX recibió al Riachuelo con la industrialización y con el consecuente vertido de metales pesados en sus aguas. Y pensar que Buenos Aires está en donde está por el Riachuelo. Hemos sido unos desagradecidos.

TEXTOS DE LOS DESTACADOS

Si la operación de limpieza tiene éxito, el Riachuelo sólo tendrá un uso recreativo sin contacto directo. Es decir: nada de bañarse ni de ir a pescar.

El juez Armella puede multar a los funcionarios que no cumplan con el mandato de la Corte con plata de su bolsillo. Pero aún no lo ha hecho, dice, para no desestabilizar a la ACUMAR.

La polémica sobre el Riachuelo fue una de las razones que provocó la renuncia del intendente de Lomas de Zamora, Jorge Rossi, en octubre del año pasado.

La cuenca Matanza-Riachuelo tiene grandes espacios rurales que la regulan. Sin embargo, se están empezando a urbanizar esas zonas en Lomas de Zamora y Ezeiza, lo que atenta contra la estabilidad del río.

Antes de la intervención de la Corte Suprema, el Riachuelo era sólo una nota de color, dice el abogado Andrés Nápoli. “Ahora está en la agenda pública.”

Según el secretario de Medio Ambiente nacional, Homero Bibiloni, aún no se ven los resultados en el Riachuelo, pero “están dadas todas las condiciones” para que su limpieza suceda.

EPIGRAFE FOTO 1

Omar y Teo: “Nos gustaría poder pescar”

Omar Serra (50) vive en lo que él percibe como “la parte más contaminada” del Riachuelo: Lomas de Zamora. “Son las industrias las que contaminan. Los talleristas dicen que el río es el único lugar que tienen para tirar la basura”, se lamenta. “Me gustaría que se pudiera pescar”, expresa. El mismo deseo tiene su acompañante en la foto, Teo, 12, que vive en el barrio Catalinas, en La Boca. No es el hijo de Omar. Simplemente posan juntos, para hacer un acto de denuncia. El chico no cree que, cuando sea grande, vaya a tener un río limpio.

EPIGRAFE FOTO 2

Gabriela y Cacho: “Ojalá lo cuidaran”

Gabriela Brito (34) vive en Villa Fiorito. Y sueña con que, algún día, el Riachuelo sea como esos arroyitos de provincia, donde la gente puede ir a pasear, tomar mate, pasar un rato mojándose los pies. En cambio, por ahora es un sitio intransitable: “Tiran tanto las fábricas como la gente”. Cacho Mondriagón (57), también de Villa Fiorito, recuerda que, cuando era un niño, pescaba ranas y anguilas en sus márgenes. “El Riachuelo era parte del esparcimiento que teníamos todos los vecinos. Ahora es un lugar decadente”.

EPIGRAFE FOTO 3

Manuel: “Denunciar a los que contaminan”

Manuel tiene 81 años y, por supuesto, no puede dejar de recordar sus años mozos. En las noches de

verano, el Riachuelo era lugar para romances y hasta para darse un baño, aunque estuviera contaminado. “La Prefectura hacía como que miraba para el otro lado y se tiraban los muchachos a nadar”, cuenta. Vecino de La Boca de toda la vida, él dice que aún espera que puedan limpiar el río. Pero advierte que para que eso suceda “tenemos que exponer públicamente a las empresas que contaminan”.

TEXTO INFOGRAFIA

Agua turbia

Beber es perjudicial para la salud

Si tomamos un vaso de agua del Riachuelo en algún lugar entre el Puente Pueyrredón y el Puente Avellaneda, encontramos una enorme cantidad de contaminantes químicos y de bacterias, lo que la convierte en un arma potencialmente letal. Los datos surgen de los monitoreos que hace la propia ACUMAR. Las concentraciones de las sustancias varían según las cercanías con una industria puntual: habrá más cromo cerca de las curtiembres o más cadmio cerca de las galvanoplastias o bacterias cerca de una cloaca.

Contaminantes hallados en un vaso de agua del Riachuelo.

Una fórmula letal

Bacterias: Pueden producir colitis hemorrágica y hasta muerte. Se miden en unidades formadoras de colonia. Hay 400 mil. La tolerancia del ser humano es igual a cero.

Fenol: Produce quemaduras internas y muerte. La única explicación de la presencia de este químico es la industria. Hay una concentración de 0,05 mg por litro.

Hidrocarburos de petróleo: Pueden producir desde dolores de cabeza hasta cáncer. Hay una concentración de 3,7 mg por litro. La tolerancia para la ingesta de estas sustancias es nula.